

¡Dime Sancho!

No alcanzo a saber cuánto tiempo llevo encerrado, tal como no alcanzaba, por mi poca estatura, el buen vino que yo sabía dónde estaba escondido. La locura que no viene de un bicho malo o microbio, según quién lo menta, no se pega, no se contagia como la peste, dicen. Ese “dicen” que tanto habla y al que pocos le ponen nombre. Pero no está de más añadir que la locura del otro, en ocasiones y cuando es persistente, te roba la cordura propia y eso es por una empatía dañada. Viví con Alonso y también padecí con él. Fui su escudero. Y mi principal virtud para conseguir este puesto fue mi ambición.

Y no me lo pidió Alonso o Don Quijote, que vienen a ser el mismo sin serlo. Me lo rogó don Miguel, poco antes de morir. La tristeza no es patrimonio de la humanidad, porque los personajes literarios la sentimos. Así lo demuestran los escritos y, a veces, de forma continuada, insistente, perenne. Tristeza que sentí cuando supe de su muerte. Y antes de cruzar la línea entre el hombre y la figura insigne, don Miguel me lo rogó, que es el “pedir” pero con vestido de gala: “Que no mueran los gigantes, que los odres sigan guardando sangre y que los ejércitos no balen. ¿Me entiendes hijo Sancho?, ¿verdad? Si Don Quijote muere y Alonso quiere seguir viviendo en la pesadumbre, como se cuenta, coge su espada y mata tú a los gigantes”. Y volvió a decirme “¿Me entiendes hijo Sancho?”.

No me dio tiempo a responderle, porque el “hasta aquí” había hecho acto de presencia para don Miguel. Pero ni con tiempo hubiera podido cambiar el no por un sí a esa repuesta. No entendí por qué quería que matara gigantes. ¿Cómo puedo matar aquello que no es, que no existe. Y después de darle mucho a la mollera, como si de una maratón se tratase, llegué, a una conclusión. Aquello que no existía tenía, pues, que crearlo. Y si no puedo usar carne y huesos y demás, usaré el imaginario. Y fue así como me convertí en un matador de gigantes y, además, sin pesar alguno, porque yo sabía que esos seres solo habitaban en mí y no tenían mujer ni hijos que les lloraran. Mis gigantes, porque eran lo míos, no nacieron a causa de que se me secase el cerebro por saciarme hasta reventar de libros de caballerías. Mis gigantes vieron la luz porque don Miguel, el que me engendró a partir del romance entre una pluma y un trozo de papel, me lo suplicó, primo hermano del “rogó” que salió de su boca el día que cambió de barrio. Y con las primeras odres que rajé, sentía el olor a vino. Me costó mucho que ese aroma mutara, oliera a hierro y tuviera una tonalidad distinta. Costó que el vino se hiciera sangre. Pero se hizo y todo porque me lo exhortó don Miguel en su lecho de muerte, que es la marquesina en la que se coge el autobús para ir al más allá. Aún más me costaría deconstruir una venta y alzar un castillo.

Y aunque vivan en la misma cabeza, los pensamientos una vez bebidos, y rellenado el cerebro de nuevo, son otros. Con este enredijo de palabras vengo a decir que, a toro pasado, considero que Don Quijote no tenía alucinaciones. Jamás perdió el juicio, solo que a veces, no sabía dónde lo había dejado. Pero perderlo, no. Se trataba de un miope mental que no veía bien la realidad porque no usaba lentes para corregirla. Desmontó la realidad única y la despiezó. Y en una de esas piezas decidió pasar ratos. Y no me escondo cuando sé que, a menudo, yo le decía que volviera a juntar esas piezas. Y no me escondo cuando era yo o los otros los que despiezábamos su realidad. Como en aquella ocasión en la que le presentamos a tres aldeanas para que sus ojos las convirtieran en damas de postín. Pero sus ojos no obraron la transformación y como aldeanas se fueron.

“ Y bien José, ¿cuántos gigantes has matado hoy?”.

Qué quiere que le responda este. Por qué me llama José. Si no recuerdo mal, mi nombre es Sancho. ¿Por qué sonrío? Que no me altere de más. ¿No sabe, acaso, que

en un pispás puedo convertirlo en uno de mis gigantes? No se ha sorprendido el hombre de que lleve puesto, todavía, el yelmo. No le contaré que hoy he matado a unos diez. Me limitaré a decirle que en mi horizonte ya no hay gigantes. Es lo mejor, porque no compartimos realidad a pesar de que pisamos el mismo escenario. Y cada realidad tiene su lengua y sus normas. Mi faceta de parlanchín y gracioso mengua y huye cuando tengo a este hombre enfrente. Mi señor ya le hubiera echado a los leones.

“¿No confías en mí?“, me dice. Suelto un sí estándar al tiempo que pienso un no. No se trata de una mentira. Simplemente, no siempre es bueno sacar a pasear a la verdad si el ambiente no es el idóneo, porque puede perecer. Me da unos libros para que los lea pero él no sabe que no sé leer, sobre todo porque así lo he decidido y las decisiones están por encima de las evidencias. Siempre.

A pesar de los pesares, sigo fiel a lo que don Miguel me imploró, término que es primo hermano del “rogó” que salió de su boca. Continuar con el legado de mi amigo Don Quijote. Pero me temo que los gigantes son una especie en peligro de extinción. De vez en cuando, se me escapa una reflexión que asoma las patitas y que me confiesa que preferiría ver rebaños en lugar de ejércitos. Y si mi vida me olvida, ¿quién matará gigantes?

Ya he cenado. Las viandas que me sirven espantarían hasta a un hambriento. Vuelvo a mi habitación. Está oscureciendo. Una damisela me trae unas pastillas para que me las tome. Y lo hago. Me dice que abra la boca y que levante la lengua. Se va. Me tumbo en la cama. Oigo al que está en la habitación de al lado y, como cada noche, sobre esta hora, como si fuera una lechuza, empieza a ulular. Le hacen callar. Pero sigue ululando. Quizá, porque tan solo él sabe que es una lechuza.

Elena Olivella